

UNA CIUDAD A ORILLAS DEL CARIBE

Escribe: URIEL OSPINA LONDOÑO

A medida que pasan los años a cada una de estas ciudades, Cartagena, Veracruz, Portobelo y Maracaibo, las va caracterizando una misma cosa: la aventura. En tanto que a Santo Domingo empiezan a matarla lentamente dos: el papeleo oficial y el leguleyismo oficinesco. A Cartagena, por el contrario, empiezan a darle vida y hacerla crecer rápidamente el espíritu aventurero, lo desconocido que hay en las entrañas de América y que se adivina tras sus ventanas abiertas, una cierta anarquía social que se opone al orden palaciego que reina en la capital de la Española. Por otra parte, en España, se ha sabido de buena tinta que en esta última no hay oro. Y que en Tierra Firme, en cambio, abunda. De Veracruz, de Portobelo, de Maracaibo, de Cartagena, de Santa Marta, se lanzan en oleadas sucesivas las tropillas hacia el interior de la América a descubrir un nuevo mundo y a asombrar al viejo con lo que en aquel encuentran. Cartagena abunda en bravucones. Es el punto de partida para ir al Pirú. Y el puerto a donde llegan las caravanas cargadas que vienen del Perú. La ciudad crece ante la ira y la envidia mal contenidas de Santo Domingo a la que por los lados del mar Océano le ha salido otra rival no menos fuerte: La Habana. La hermana mayor se pone entonces celosa de sus hermanitas menores. La prosperidad inesperada de esta le emponzoña la existencia y le quita el sueño a sus regidores. Aquello es simplemente insoportable. Los galeones se detienen en su rada el tiempo preciso apenas para hacer aguada, o para descargar un cargamento de golillas o de frailes, recoger los pillos sin oficio que quieran largarse a Tierra Firme, y poner luego velas con todo el mundo a bordo a Cartagena, a Veracruz, a Portobelo. De regreso, ni siquiera pasan a darle los buenos días porque se van directamente a Sevilla por el Canal de las Bahamas, con sus calas llenas de oro y sus puentes de forajidos que regresan a la Península transformados en marqueses, en adelantados, en visorreyes. Santo Domingo se va quedando de lado en la vida del Caribe, como fonda caminera entre dos pueblos grandes.

Y para consolarse entonces, se llena de empleados meticulosos, de toda suerte de frailes, de iglesias feas, repletas de santos no menos feos, de escribanos raquíticos, de amanuenses gotosos y de jueces íntegros. Hasta le ponen Universidad. Es la metrópoli trasplantada al trópico. Los mismos granujas que todavía quedan en ella, lían bártulos y se marchan a La Habana, a Veracruz o al Río de la Hacha. O al Pirú. Santo Domingo ha

vivido cincuenta años y a esta edad ya agoniza. El nacimiento de América en la orilla opuesta del Caribe la ha dejado exhausta. Estéril, podría decirse. Por sus hermanas menores la mayor de la casa languidece en su playa llena de sol y de mariscos. Se ha hecho madre muy joven, y su maternidad le cuesta la vida. Como una vulgar tía solterona se encierra entonces, entre sus cuatros paredes blancas y se dedica a llenar papeles con su escritura fina y melancólica. Se transforma en oficinista a tiempo que sus hermanas más chicas se convierten en aventureras. Ya ningún galán la corteja porque todos se han ido a arrastrarles el ala a las más mozas que, por serlo, se prestan más a la aventura, al desliz, al traspíes, que la tía rezongona de la Hispaniola. La juventud de la América se asoma al Mar Caribe por los ojos maliciosos de sus ciudades tropicales por donde la aventura, como mujer que busca un amante, acecha al conquistador para irse colgada de su brazo, continente y fortuna adentro, por los acogedores caminos del Nuevo Mundo. En Tierra Firme está lo inesperado, lo nuevo, lo que puede ponerse fácilmente al margen de la ley. En Santo Domingo se queda lo que ya empieza a languidecer, lo puntilloso, lo que exige antecámaras, ceremonia y partida de nacimiento con muchas preposiciones en las que conste que se es hijo legítimo y de legítimo matrimonio. Por eso Santo Domingo se va muriendo al paso que sus rivales parecen rejuvenecer al andar de los años.

Y al mismo tiempo que Cartagena se va llenando de gente, sus plazoletas de soportales acogedores, sus balcones de soleras florecidas, y de barcos su bahía, Santo Domingo agoniza para no levantarse nunca más. Se ha muerto para siempre, que es la menos recomendable manera de morir, tal vez por haber nacido prematuramente y por haber pretendido crecer sin control. No tiene aún cincuenta años de edad y ya apenas es una referencia vaga en la historia de América. Con el tiempo lo ha perdido todo. Hasta su nombre sonoro de santo español. Ahora se llama Ciudad Trujillo como cualquier vulgar laxante.

En tanto que Cartagena de Indias comienza a acicalarse como quien se prepara para ir a un baile en busca de novio. La fundación de Don Pedro de Heredia, pomposa y grave como todas las fundaciones de españoles en la América, no pasa de ser un simple requisito. ¡Pero qué requisito! Requisito tendido en un papel al pie de cuyo texto —texto grave, señorial, lleno de habedes, pudiédeses y plurales de segunda persona— algunos, no menos señoriales ni graves caballeros, que no se quitan la gorguera a pesar del tremendo sol tropical que hace en estas playas del Mar de los Caribes, firman con rúbricas que ocupan medio pliego con sus curvas, garabatos, gruesos y perfiles y demás gorgoritos caligráficos. Pero en fin de cuentas es un requisito sin el cual no hay fundación posible en las Indias. Porque así son las cosas de los castellanos en el mundo de Colón: primero se redacta el acta de nacimiento, y luego se espera a que la criatura nazca, sin saber si esta ha de venir al mundo muerta o no. Los españoles empiezan, por lo menos en las Indias, por firmar un papel cuando se trata de fundar una ciudad. Los romanos erigían un templo. Pero el papel firmado por los españoles en el trópico tiene la solidez, la importancia y la fachada de un templo romano. En ellos suele estipularse siempre lo mismo: que don fulano de tal toma posesión destas y esotras tierras, por-

que así le ha dado la gana, y nada más. Agrega que estas tierras son las descubiertas y por descubrir; todo ello en nombre del Rey de España, mi amo y Señor; y de la santa religión católica, apostólica y romana; que se declara adelantado de la mismas y su único capitán general e maestro. Si alguien duda de su derecho no tiene más que decirlo. Por eso se ha puesto en medio de ellos el rollo, una pica con un pergamino, a modo de sombrero, en la punta en donde se ha garrapateado por un soldado que tiene la fortuna de saber escribir, lo que se acaba de enumerar. El capitán, bien que haya firmado capitulaciones en Madrid con el rey a quien le ha vendido —y a qué precio!— por anticipado la piel del tigre que aún no ha cazado (caso Heredia) bien que no las haya firmado con nadie, y al contrario, sea una especie de desertor, que, para justificarse, conquista un imperio (caso Cortés), desenvaina una espada que más parece instrumento de verdugo, la levanta por tres veces apoyándola a cada vez sobre la pica como si quisiese armarla caballero y pregunta, a cada ocasión que alza el fierro, si hay alguien que tenga oposición por hacer. Desde luego, generalmente, nadie se opone. Allí todos son buenos amigos y la perspectiva de transformarse en propietarios les alegra el ánimo a todos.

Luego se procede, entonces, a formar cabildo. Esto es importantísimo. El cabildo representa la autoridad real en persona; y es él, el único, que puede objetar, rechazar, o ratificar las decisiones tomadas por el seor Adelantado y gobernador. Es cosa seria esto de un cabildo en Tierra Firme. Por eso hay que procurar siempre que sus miembros estén en buenas relaciones con el capitán-fundador, cosa de la que este se cuida en detalle. Porque de lo contrario se arma la gran bronca. Naturalmente el capitán que nombra a un cabildo no lo hace sino entre gente muy segura porque ellos son los que en seguida, en pago del nombramiento, van a ratificarle todos sus cargos de Adelantado, Capitán General, Maestro o Gobernador, si es el caso. Estos extremeños, andaluces, castellanos que caen por tierras de América en la madrugada del siglo XVI no son ningunos tontos. El pomposo cabildo toma posesión solemnemente, jurando en la cruz de sus espadas, o en las más vulgares que puedan hacerse con los dedos índice y pulgar, como si se tratara de una apuesta en un figón del barrio de Triana, ponen cara de circunstancias, tal como lo cuentan todos los historiadores graves como si todos estuviesen en el entierro del señor conde de Orgaz, y a pesar del sudor que les gotea pesadamente por los rostros mal afeitados y no muy limpios, permanecen impetérritos. Un algo desconocido le dice que están escribiendo la historia. Y así es. La soldadesca se convierte, al contacto de la tierra americana, en administración pública. Los zafios salidos de Despeñaderos del Rey, y caídos Dios sabe cómo, en el Caribe después de haber mostrado hasta la saciedad de cuánto son capaces en Flandes y en el Milanésado, amanecen arcabuceros y se acuestan regidores. Estos cabildos improvisados se sacan como mejor se puede de entre la gente de armas porque justamente no hay más de dónde ir a sacarlos. No se le pregunta a nadie si sabe leer y escribir, que eso no interesa. Se le adivina, por lo que se le ha visto hacer, si es capaz de hacerse respetar y de hacer respetar ese trapo bordado con las armas de Castilla y de León que se ha puesto en lo alto de una lanza en el centro de lo que posiblemente será más tarde Plaza de Armas. Si hay cura a bordo se dice una misa. Si no lo hay, todos rezan cualquier cosa. Lo que sepan; o lo que

primero salga a la memoria o a la imaginación. Es preferible que no llueva, porque si cae uno de esos chaparrones que suelen caer intempestivamente en los trópicos, se echa a perder lastimosamente la ceremonia. Enseguida el **seor gobernador**, capitán general y adelantado acompañado de los arcabuceros que hacen de alarifes, aunquando nunca hayan tenido en sus manos un codal, ni hayan tampoco tenido ocasión de medir el ancho de una puerta cochera, procede a distribuir las tierras. Esto es grave. Y delicado. Aquí se arriesga romper la buena paz y compañía de la tropilla, Hay que hilar delgado; no herir susceptibilidades, no sea que algún descontento haga fundación al frente, nombre cabildo tan legal como el primero y estropee el baile. Para cortar por lo sano entonces lo mejor del terreno se dedica a plaza mayor, en unos de cuyos ángulos se destina amplia faja para la catedral, que es como el diezmo en tierras, al buen Dios de los cristianos; al lado, o enfrente, se señala lote al ayuntamiento; otro para casa del burgomaestre; un tercero para uso de los regidores; otro para los alguaciles, —aquí ya el diablo empieza a añascarlo todo—; uno inmenso para la cárcel, de tal modo que esta pueda contener muchos indianos peruleros, y ya está. Acto seguido se distribuye lo que queda de tierras entre los presentes, cada uno de los cuales no conocerá en muchos años lo que le ha sido asignado. Cosa que no se hace sin rencillas ni miradas de soslayo, a veces con amenazas veladas y juramentos de grueso calibre, porque el señor gobernador ha favorecido particularmente a un alguien que lo merecía o no. De escuela, ni hablar. De hospital, tampoco. De convento, en cambio, mucho, si ha habido fraile entre los fundadores. Y al cabo de una ceremonia que no ha tenido nada que envidiarle por lo grave y señorial a unas cortes de Aragón, se declara solemnemente fundada la ciudad. Entonces hay que pensar en construirla.

Y empieza un jaleo de todos los diablos. Por poco los carpinteros que hay entre la tropa —si los hay— alcanzan también presillas de adelantados a fuerza de hacer proezas con los árboles de la selva vecina. Todo el mundo a empezar por el señor gobernador, se ha puesto a trabajar. Es para lo único para lo que no se guarda el morrión emplumado, la cota de mallas, ni la tizona fuera de su vaina, de cuero repujado de Córdoba. Si hay ataque de indios, a aquello se lo lleva el mismísimo demonio. Si estos no vienen se trabaja en paz. Si vienen, pero son dóciles, la construcción la hacen entonces los naturales mientras los castellanos descansan o juegan a las cartas a la sombra de algún árbol. Las tizonas se transforman en humildes azadas sin solución de continuidad. El acero tiene en Tierra Firme otras atribuciones distintas a las de degollar turcos, infieles o indianos. Mientras los alarifes fijan estacas y señalan los linderos que más tarde han de proporcionarles dolores de cabeza constantes a notarios y a nietos de fundadores, el grueso de la tropa corta árboles, tumba palmas, cuyos hojas van a ser el primer lecho que abrigue el primer sueño en casa propia de estos audaces campesinos venidos al nuevo mundo. No hay que olvidar tampoco el marmitón de la banda que ha debido poner al fuego entre dos mosquetes utilizados como horqueta un cazo, el más grande que haya podido encontrar en sus enseres de circunstancias, y echar allí lo que tenga al alcance de la mano y que a juicio suyo no vaya a envenenar a nadie porque de lo contrario le cortan lindamente la cabeza en la plaza de armas que apenas es proyecto. Allí mete, en consecuencia, plátanos

verdes, pescado, o la carne de algún mico cazado a arcabuzazos. Que aquello está sin sal, sin aliños, sin sustancia, y que por contera sabe a caldo de perros, no hay que dudarlo un minuto. Pero en España Sancho el Grande ha dicho que "la mejor salsa es la hambre"; esto lo saben todos los conquistadores, no por haberlo leído en Cervantes— que ni siquiera lo ha escrito—, sino por haberlo experimentado muchas veces en tierras de indianos. En la noche, primera noche de la fundación, a estos españoles por burdos, zafios y plebeyos que hayan sido en la península, no les cabe el orgullo en el pellejo por lo que han hecho. Todos tienen la vaga impresión, —que en el fondo no saben exactamente en qué consiste— de que están haciendo algo grandioso, que ningún pueblo en la tierra, ni siquiera los romanos, ha hecho hasta la fecha. Es el destino el que se les ha metido en el cuerpo como unas calenturas que no los dejan dormir tranquilos. Estos diablos de hombres, pillos, ladrones, truhanes, notarios, lacayos, condezuelos, porqueros, capitanes de tercio y gentileshombres han empezado a hacer un mundo con sus propias manos. Ya vendrán otros a aprovechar lo que han hecho los primeros venidos. Pero por lo pronto la América siente que la están esculpiendo estos burdos soldados, convertidos en albañiles, por fuerza de las circunstancias, del mismo modo que un escultor moldea su barro para darle forma de mujer desnuda. Y en estas primeras noches del trópico, por más calor que haga, y aun cuando la techumbre de paja de las cabañas que sirven de aposentos, dejen ver por entre sus intersticios las estrellas, o colar la lluvia, los españoles se ponen a soñar que todo el mundo sorprendido y atónito se ha detenido para aclamarlos por lo que están haciendo.

* * *

Y poco a poco la ciudad que ha comenzado por bautizar en papel mugriento, o en tablón clavado en una pica, y que se llama como se llama en Extremadura, Castilla o Andalucía el pueblo natal de mi señor gobernador o adelantado, empieza a cobrar forma y cara de ciudad. Es como si a una adolescente se le vieran crecer inopinadamente los senos, redondeársele el vientre y salirle a los ojos la lumbre del primer deseo masculino. En la fertilidad del trópico todo, deseo, ambición, lubricidad o ciudades crecen y se desarrollan con la rapidez de una planta silvestre. La primera en mostrar su espadaña blanca es la iglesia, en uno de cuyos agujeros canta una campana sacada Dios sabe dónde. Otro agujero, su vecino, se deja para reloj, pero para esto último ya habrá lugar cuando haya un poco de más dinero. Al lado de la iglesia crece igualmente la casa consistorial, cuya planta baja ostenta soberbios soportales y un corredor empedrado en el que sacan destellos los caballos cuando entran al patio que sirve igualmente de cuadra, o los espolines de plata de los señores regidores. Por unas escaleras amplísimas, de madera gruesa y burda, tan gruesa y tan burda como el pasamanos, se llega a los aposentos principales en donde hay un crucifijo, un lecho inmenso, muchos papeles enrollados, y una espada en disponibilidad cotidiana encima de una mesa. Qué vigas más gruesas las de estos caserones! El piso retumba como si fuera a caerse cuando los inquilinos pasan de una habitación a la otra. Por el balcón de barrotes a medio pulir se asoman a la plaza principal unos tiestos llenos

de geranios. Ya hay en ella una fuente y la música de un chorro. O un pozo. La luna también necesita espejuelos, como los naturales, para mirarse en ellos. Es el único acueducto de la ciudad porque el otro es el de las barricas vacías que se llenan con el agua que provee el cielo por las cañerías de los aguaceros. En la plazoleta curiosean indios que han venido a vender sus cocos; de paso aprovechan para abrir la boca en todo su diámetro por todo cuanto han logrado hacer en tan poco tiempo aquellos dioses blancos. Allí mismo leen los frailes su breviario interminable; juegan a las cartas los vecinos viejos —ya empieza a haber vecinos viejos— diciendo que todo tiempo pasado fue mejor, y los soldados mozos que han llegado, como una segunda hornada, después de la de los primitivos conquistadores, les hacen guiños a las indias, que son como compromisos para una cita galante esa misma noche. Y como las casonas se llenan de gentes, y como las gentes se avecinan en la ciudad, pues también aumentan las casonas, tras estas se dibujan en el suelo las calles que nadie se cuida de saber si salen derechas o no, y tras de las calles torcidas se agregan nuevas espadañas, nuevos conventos y, a lo mejor, nuevas cárceles. Ya hay también, desde hace muchísimo tiempo, tabernas, garitos e historias de maridos burlados. El señor cura ha abierto libro de bautizos; el mestizaje aparece con nombre hispánico y perfil indiano en el registro civil y en la vida de la fundación. Parece que es así como se hace un mundo nuevo en un Nuevo Mundo. En los barcos que empiezan a llegar a la bahía y que vienen de La Habana o de Sevilla, desembarcan arcabuceros, soldados, frailes y algunos comerciantes que abren tenduchos para vender agujas e hilo, recado de escribir, estampas piadosas, sal, vinagre, y, desde luego, barajas y vino. Aquello se mueve que es un gusto, válgame Dios! La indiada ha perdido miedo —la que no ha sido exterminada a lanzazos— y se acerca sin aprehensiones a las calles empedradas. Al retardo sexual de los españoles se encarga del resto en la lascivia siempre disponible de los indígenas. Regidores, comerciantes, soldados, colonos, frailes, mestizos y esclavos llenan poco a poco el burgo que ha nacido en una hoja de papel. La ciudad se desarrolla. Prueba de ello es que ya en España el rey de turno se ha fijado en ella y le ha dado un escudo de armas en donde consigna bajo su firma garabatada, que es “muy noble e mui leal”, que los líos entre vecinos son frecuentes por el mal reparto de tierras hecho por el abuelo cincuenta años atrás, y que en un llano de los alrededores, un llano del cual nadie se cuida, cercado por una tapia baja de tierra apisonada por donde chorrea la tierra cuando llueve y donde faltan casi todas las tejas que le han sido puestas encima para que no se desmorone muy pronto, se han enterrado los primeros muertos dedicándosele como cementerio local... Y solo entonces cuando los primeros muertos izan por encima de sus cuerpos hacia la clara luz de América sus cruces lúgubres entre el vecindario de iglesias de conventos y de tabernas, entonces, solo entonces, puede decirse que la fundación ha echado sus raíces en el suelo americano y que la savia de este va a fecundarle para siempre sus entrañas.